

LOS EXTRAÑOS MÉTODOS DEL DOCTOR IRABU

Hideo Okuda

**Traducción:
Carlos A. Cabañó Muñoz**

**QUATERNI**

IN THE POOL by OKUDA Hideo
Copyright © OKUDA Hideo, 2002
All rights reserved
Spanish translation rights arranged with OKUDA Hideo / Bungeishunju Ltd.,
through le Bureau des Copyrights Français, Tokyo.

Copyright © 2014 Quaterni de esta edición en lengua española

© Quaterni es un sello y marca comercial registrados

Traducción: Carlos Adrián Cabañó Muñoz

LOS EXTRAÑOS MÉTODOS DEL DOCTOR IRABU. Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro incluida la cubierta puede ser reproducida, su contenido está protegido por la Ley vigente que establece penas de prisión y/o multas a quienes intencionadamente reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución en cualquier tipo de soporte existente o de próxima invención, sin autorización previa y por escrito de los titulares de los derechos del copyright. La infracción de los derechos citados puede constituir delito contra la propiedad intelectual. (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra a través de la web: www.conlicencia.com; o por teléfono a: 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

ISBN: 978-84-941173-3-6

EAN: 9788494117336

IBIC: FA, WH

QUATERNI

Calle Mar Mediterráneo, 2 – N-6

28830 SAN FERNANDO DE HENARES, Madrid

Teléfono: +34 91 677 57 22

Fax: +34 91 677 57 22

Correo electrónico: info@quaterni.es

Internet: www.quaterni.es

Buenos Aires | Madrid | México D.F. | Santiago de Chile

Editor: José L. Ramírez C.

Revisión: Raquel Ramos Cudero

Diseño de colección: Quaterni

Diseño de cubierta: Manuel Dombidau | www.dombidau.com

Maquetación: Grupo RC

Impresión: Gráficas Díaz Tuduri, S.L.

Depósito Legal: M-8845-2014

Impreso en España

20 19 18 17 16 15 14 (5)

El papel utilizado en esta impresión es ecológico y libre de cloro

Capítulo I

EN LA PISCINA

1

No había nadie en la planta sótano del Hospital General Irabu y la actividad escaseaba por allí. Kazuo Omori levantó la mirada a la placa que tenía inscrito «Psiquiatría» y soltó un suspiro. No había ninguna luz exterior y la pálida iluminación del tubo fluorescente daba poca confianza. Incluso podía decirse que hacía fresco.

«Han sido muy listos enviándome aquí», pensó Kazuo. El joven médico internista había sido muy frío con él. Acudía a su consulta con frecuencia para explicarle su malestar corporal y, el día anterior, cuando le estaba extrayendo sangre, le preguntó con sorna si estaba tomando alguna bebida que regulara la flora intestinal. Como no habían encontrado ninguna anomalía en la radiografía ni en las pruebas de orina, el médico le propuso ese día:

—¿Por qué no va al departamento de Psiquiatría del hospital? El doctor es un poco excéntrico, pero se acostumbrará. —El

joven doctor dejó escapar una sonrisa crispada y trató de no cruzar la mirada con Kazuo.

«Vaya con los hospitales de ahora. ¡Qué mal atienden a los pacientes externos!».

Llamó a la puerta medrosamente y escuchó a alguien que le daba la bienvenida desde el interior en voz alta; parecía el entrenador de beisbol Nagashima. Kazuo entró en la sala de consulta. Vio a un médico grueso, del que se podía deducir que tenía cuarenta y pocos años, repantingado en el sillón. En la mesa que estaba en una esquina de la habitación, había una joven enfermera de pelo castaño leyendo una revista que ni siquiera se dignó a echar una mirada a Kazuo.

—¡Pase, pase! —El médico le ofreció asiento rebosante de simpatía.

Kazuo se sentó en el taburete y echó un vistazo a la placa que llevaba prendida en su pecho: «Ichirō Irabu. Doctor». Probablemente se trataba del heredero del dueño del hospital.

—¿Quiere un café?

—¿Eh?

—Un café. Aunque sea instantáneo... ¡Mayumi-chan!¹ ¡Trae dos cafés!

Irabu pidió los cafés sin esperar respuesta. La enfermera a la que llamó «Mayumi-chan» se levantó sin contestar y salió de la habitación malhumorada, golpeando el suelo con la suela de sus sandalias.

—He visto su historial médico —dijo Irabu con expresión alegre—. Así que padece una enfermedad psicosomática, ¿no?

—¿Cómo dice?

—Enfermedad de la psique. Es muy típica.

1 -*chan*: Sufijo cariñoso que se añade a los nombres en japonés. Equivaldría a un diminutivo en español.

—Eh... —Se sintió un poco molesto. Un médico no debería utilizar esa forma de hablar tan directa con pacientes tan aprensivos como él.

—¿Pero qué se creen los de arriba? —Irabu señaló con el dedo la planta superior donde estaba el departamento de Medicina Interna—. Como las enfermedades funcionales son siempre bastante graves, no me mandan casi nunca ningún paciente.

—Ah... ¿sí?

—Esos quieren quedarse con todos los pacientes.

—Ah... ¿sí? —No le había dado esa sensación precisamente, pero decidió quedarse callado para no complicarlo.

Kazuo empezó a sentirse extraño un mes antes, cuando una noche le dolió el pecho. Estaba en la cama y le dio la impresión de que le faltaba el aire; a los pocos segundos ya le costaba trabajo respirar. Se levantó aturdido y salió al balcón del apartamento. Se calmó enseguida, pero se encontraba empapado de sudor. El recuerdo del miedo que había pasado se le quedó grabado en la mente.

Tras eso llegó la diarrea. No podía aguantarse ni en el trayecto de casa a la estación. Con treinta y ocho años que tenía ya, manchó varias veces los calzoncillos. Sin decirle nada a su mujer, se puso unos que compró en una tienda de veinticuatro horas. Lógicamente la bronca estaba servida: que el marido llegara a casa con unos calzoncillos distintos a los que se había puesto por la mañana no era precisamente algo que hiciera mucha gracia a su mujer. Lo sometió a un interrogatorio, él acabó confesando y solucionaron el malentendido. Pero desde ese momento surgió una nueva discordia: a Naomi, su mujer, le había dado tanta pena que le acabó comprando unos pañales para ancianos. Kazuo no le dirigió la palabra en tres días.

La diarrea continuó y por fin los síntomas se calmaron a la semana. En cambio, los órganos de todo su cuerpo parecían no

conocer descanso. Siempre estaba alterado y sentía como si a su cuerpo le faltara cohesión. Era muy complicado explicarlo, por lo que cuando se lo contó al médico por primera vez, le dijo que era como si sus órganos estuvieran descontrolados, como los alumnos de una clase de secundaria, a lo que el médico reaccionó riéndose en voz alta.

Desde el día anterior le dolía el abdomen. Fue enseguida al médico de cabecera y supuso que era el riñón, pues últimamente no orinaba bien. Cuando empezó a encontrarse mal, Kazuo se sintió angustiado, por lo que aquel día también fue al hospital desde por la mañana.

—Entonces... ¿oye voces?

Kazuo frunció el ceño.

—Por aquí. —Irabu extendía y cerraba la mano en el aire—. ¿Oye voces?

—No —negó con la cabeza sosegadamente.

—Bueno, ¿y tiene la sensación de que alguien le está vigilando?

—No. —Frunció aún más el ceño y miró a Irabu a la cara.

—Vaya. Entonces, no se trata de ningún delirio —dijo lamentándose—. Así que es solo malestar general. —Irabu estaba tirado en el sillón y se hurgaba la nariz con el dedo.

La enfermera llevó los cafés y los dos los sorbieron en silencio. Era bastante dulce y de fuerte sabor. La enfermera se puso a hojear la revista de nuevo.

—Esto... ¿Qué es un malestar general? —preguntó Kazuo.

—Mala condición física debida al estrés —contestó con sencillez.

—¿Quiere decir que la angustia y la diarrea continua son ocasionadas por el estrés?

—Sí. —Irabu rio levantando las comisuras de la boca. Una respuesta bastante llana.

Al escuchar la palabra estrés, Kazuo pensó en su día a día. Le iba bien con su esposa y en la oficina no tenía ningún problema en especial. Si tuviera que decir alguna razón, sería el mal ambiente que había con su hermana mayor por el tema de quién se iba a encargar de cuidar a sus padres; pero, aun así, tampoco era un dilema como para preocuparse.

—No le voy a preguntar, se lo advierto —dijo Irabu.

—¿Eh?

—Que yo no voy a preguntarle por las razones de su estrés. No voy a estrujarme los sesos para encontrarle una solución.

—Ya, bueno...

—Últimamente hay muchos programas en televisión donde un psicólogo escucha los problemas de los pacientes y les da ánimos, ¿verdad? Pues esas cosas no sirven para nada.

—Ah... ¿no?

—Pues no. En primer lugar, ¿qué conseguiría preguntándole? Hablando claro, si usted hubiera matado a alguien y estuviera sufriendo por eso, yo no podría hacer nada más que recomendarle que se entregara a la policía o exigirle dinero para comprar mi silencio.

—Es que yo no he hecho algo así...

—O, por ejemplo, si me dice que tenía un jefe odioso y que ha tenido el valor de envenenarlo. —Siguió hablando sin importarle nada—. Lo que quiero decirle es que el estrés forma parte de nuestra vida diaria, por lo que es inútil intentar eliminar su origen. Es mejor centrarse en otras cosas.

—Y eso quiere decir que... —Esperaba algún remedio.

—Como solución, puede atacar por sorpresa a hombres de la *Yakuza* mientras pasea por una calle llena de gente, por ejemplo. —Kazuo frunció el ceño por tercera vez—. Así se le pasaría. Seguro que desaparecerían todas las preocupaciones sin importancia. Porque le perseguirían y, cuando nuestra vida corre

peligro, ¿para qué preocuparnos por problemas familiares o por el trabajo? —La cabeza le dio un ligero vahído y se preguntó si estaría hablando en serio—. En realidad, también hay ejemplos de tratamientos de ese estilo. Había una vez un enfermo maniático por la limpieza que ni siquiera tocaba el dinero para no ensuciarse. Fue víctima del Gran Terremoto Hanshin. Se curó de repente tan solo con concentrarse en recuperar su vida diaria. Como un terremoto no viene siempre que uno quiere, ¿la *Yakuza* no sería una opción razonable?

—¿Me está diciendo que ataque a un *yakuza*...?

—¡Es un ejemplo! Ja, ja, ja, ja —se rio Irabu abriendo la boca de par en par—. También podría cogerse unas vacaciones e ir a alguna zona en guerra.

Kazuo exhaló un suspiro. Quería marcharse. Si era una enfermedad causada por el estrés, ya consultaría en otro hospital.

—De todas formas, no hay que buscar el origen del estrés a lo loco. Las enfermedades psicosomáticas no se pueden erradicar tratando de recordar cuál es la causa. Además, señor Omori, usted tiene treinta y ocho años, justo la edad a la que suele pasar. Como un sarampión en edad adulta.

Pensó en consultar a algún compañero de trabajo si conocía un buen psiquiatra. No, no podía. Un rumor así enseguida se extendería y no quería que lo supiera el personal de su oficina.

—Bueno, ¿le pongo una inyección? —Irabu se dio un suave golpe en el muslo—. Hoy le voy a poner un antibiótico para calmarle el dolor sordo en los riñones.

Se abrió la cortina del fondo y, al darse la vuelta, la enfermera se puso de pie en un instante.

—Bueno, ya en otra ocasión...

—Nada de eso. ¡Que ya no es ningún niño! ¿Es que le da miedo una pinchacito?

Irabu se levantó y fue hasta la puerta caminando de lado como un cangrejo para cerrarla. Sin más remedio, Kazuo se movió de lugar y puso el brazo izquierdo en el apoyabrazos. El dolor en los riñones era real y no veía probable que le pasara algo malo en un hospital general como aquel.

La enfermera, a pesar de que daba una impresión frívola, era bastante guapa al mirarla de cerca, pero carecía por completo de simpatía.

—Cierre el puño suavemente —ordenó en tono dejado. Enrolló el brazo con un tubo de goma y aplicó el desinfectante.

Irabu observaba justo al lado como si estuviera vigilando. ¿Acaso la enfermera era una novata? Daba igual. Nada le importaba y lo que quería era que terminara cuanto antes. Soltó un suave suspiro. En ese momento, por debajo del apoyabrazos pudo ver la parte frontal de la bata de la enfermera con sus blancos muslos al descubierto. Como no podía mirarla descaradamente, Kazuo volvió la cara. Aunque no se había quedado mirando ni tres segundos, en sus ojos brillaba la imagen del blanco de los muslos y hasta las venas, que se transparentaban ligeramente. Sintió un dolor punzante y comprendió que le estaban pinchando con la aguja. Le puso la inyección sin problemas y Kazuo quedó liberado.

—Señor Omori, venga también mañana —dijo Irabu—. Es fundamental controlar diariamente las enfermedades psicósomáticas.

Kazuo asintió sin dudarle. La imagen de los muslos de la enfermera aún permanecía en su mente.

—Por cierto, ¿conoce a alguien con personalidad múltiple?

—¿Eh?

—Personalidad múltiple. Alguien con varias personalidades mezcladas.

«¡Pues claro que no!», quiso reprenderle, pero simplemente negó con calma.

—Vaya. Ya veo. Me gustaría conocer a alguno, pero la verdad es que apenas hay. —Irabu se rio estruendosamente zarandeándose la barriga.

—Oiga, ¿debería guardar reposo?

—No, no hace falta —contestó hurgándose la nariz.

—Entonces, ¿puedo ir a la oficina como siempre?

—Claro. Pero es mejor que también haga algo de deporte, además del trabajo de oficina —restregó un moco en la pared—. Al menos una vez al día debería hacer ejercicio hasta la extenuación.

Kazuo observó de nuevo la complexión física de Irabu, que le recordaba a una vaca, y le entraron ganas de decirle que el que tenía que hacer deporte era precisamente él.

Al salir de Psiquiatría, una enfermera de bastante edad que cruzaba el pasillo por casualidad observó fijamente a Kazuo. En su mirada había un ápice de compasión.

Llegó a la oficina pasado el mediodía, hizo unas cuantas llamadas y terminó todo lo que tenía que hacer. Kazuo trabajaba para una editorial y pertenecía al departamento de edición de una revista mensual para amas de casa. Era un departamento con mucho trabajo, pero como la temporada más ajetreada siempre era periódica, no resultaba tan duro una vez uno se acostumbraba. En ese momento se acababa de dar el visto bueno a la publicación del mes, por lo que el departamento de edición estaba relativamente más tranquilo. Mientras bebía el café que le había servido la empleada a tiempo parcial, echó un vistazo a la oficina. ¿Estaría allí la causa de su estrés?

El editor era una persona severa aunque, por lo general, inofensivo, a pesar de lo mucho que lo exasperaba a veces que las amas de casa controlaran tanto los gastos. El subeditor era una persona tan susceptible que le habían llegado a ingresar alguna vez por una úlcera de estómago. Ni siquiera levantaba la voz. Los compañeros de trabajo también eran todos muy sosegados, por eso se sentía insatisfecho en la oficina; más bien podría decirse que él era el más escandaloso de todos.

Kazuo se había llevado una ligera sorpresa porque su malestar corporal procediera, por lo visto, del estrés. Se consideraba un hombre atrevido: trabajaba de forma enérgica y en todas partes establecía vínculos personales, nunca se había sentido solo y desde pequeño tenía madera de líder de grupo. ¿Estaría ya yendo cuesta abajo? Irabu, el médico, le había dicho que era como un sarampión a edad adulta y muy probablemente estuviera en lo cierto, pues tenía una alimentación irregular y no hacía deporte.

«¿Será por el deporte?», pensó. Cruzó los brazos por encima de la cabeza y los estiró. No hacía deporte en serio desde que terminó la universidad. Ni esquí, ni golf. Kazuo consideraba el ocio cosa de tontos. Las noches de los domingos las pasaba viendo en las noticias de televisión cómo las autovías se congestionaban de coches y los miraba con altivez. Naomi, su mujer, también decía que le gustaba quedarse en casa. Como no tenían hijos, tampoco se agobiaban por no salir.

«¡Pues voy a probar a hacer deporte! —pensó distraído—. Sudar da una sensación agradable. ¡Hasta es posible que vuelva a tener duro el abdomen como antes! Que últimamente lo he descuidado mucho...».

Sentado en la silla, movió los hombros. Aunque sentía un leve dolor, se encontraba bien. «¿Qué puedo hacer? Así, a bote pronto, solo se me ocurre correr... No, no podría correr todos

los días. Para el tenis, necesitaría una pareja, y además no tengo experiencia. También me niego a hacer pesas por el complejo que tengo con mi musculatura». Movi6 el cuello en las cuatro direcciones y acab6 haciendo estiramientos.

«¿Y qu6 tal la nataci6n?». Kazuo asinti6 a su propia propuesta. Desde peque6o se le daba bien nadar y tampoco tendr6a que preocuparse por las lesiones, ya que las rodillas o la cadera no tendr6an que soportar ninguna carga.

«¿Cu6ndo fue la 6ltima vez que nad6?». Cerr6 los ojos y pens6 en ello. Se qued6 at6nito al recordar que no nadaba desde su 6poca de estudiante. Ya hac6a dieciséis a6os que no se met6a en una piscina.

Cogi6 el tel6fono del escritorio y telefone6 a casa. Como Naomi era ilustradora, normalmente se quedaba all6.

—Oye, ¿hay alguna piscina cerca de casa?

Al oír la pregunta, Naomi le inquiri6 con extra6eza.

—¿A qu6 viene eso ahora?

—Da igual. D6melo. ¿Hay piscina o no?

—Hay una en la planta s6tano del gimnasio p6blico del barrio.

—¿D6nde est6 el gimnasio p6blico del barrio?

—¿No lo sabes? Est6 al lado de la biblioteca. Un edificio grande, color crema.

—Eh... ¿Y d6nde est6 la biblioteca?

Sinti6 pena de s6 mismo cuando pregunt6. A pesar de llevar viviendo cinco a6os en el mismo barrio, Kazuo no sab6a apenas nada del lugar. Naomi, que parec6a bastante sorprendida, tan solo a6adi6:

—Est6 solo a cinco minutos de casa. ¿Y a qu6 viene todo esto?

—Ten6a pensado empezar a nadar.

—¿Qui6n?

—Yo.

—¿Qué quieres? ¿Vengar a Chiba Suzu¹?

—¿De dónde te sacas eso?

—Bueno, ¿entonces por qué?

—Me ha dicho el médico que tengo que hacer deporte.

—¿Has ido hoy al médico? —Subió el tono de voz al otro lado del teléfono.

—Sí. Me pillaba de camino a la oficina.

—¿Estás enfermo?

Su mujer decía cosas sin sentido. Era ella la que antes se preocupaba por los síntomas de su marido, pero últimamente había tomado una actitud totalmente descuidada. Cuando Kazuo se acostaba en el sofá, con la cara pálida, ella apenas le hacía caso y le soltaba bromas de mal gusto, del tipo: «En la radiografía que te has hecho supongo que no habrá salido ninguna sombra... Ni ningún fórceps, ¿no?». ¿Cómo se iban a dejar olvidado un fórceps si nunca le habían operado? Como sabía que no tenía apetito, compartían el carísimo besugo cocido en salsa de soja que tanto le gustaba. Él se dejaba la mitad y Naomi se acercaba su plato con regocijo.

De todos modos, se enteró de que había una piscina cerca de su casa. Kazuo colgó el teléfono inmediatamente, extendió un mapa de la ciudad encima de la mesa, comprobó dónde estaba el distrito en que vivía y, tal como ella le había dicho, el gimnasio público del barrio estaba a cinco minutos a pie. Al final del mapa había un registro de teléfonos. Como era editor, llamó para solicitar información. Le dijeron que estaba abierto todos los días, de nueve de la mañana a nueve de la noche, y

1 Chiba Suzu: Nadador olímpico que no fue seleccionado para ir a los Juegos Olímpicos de Sidney a pesar de sus excelentes resultados.

que el precio era de tan solo doscientos yenes la hora. Tomó la decisión de comenzar con la natación enseguida.

«Bien, voy a comprarme un traje de baño. No, que ya no se dice así. Se diría bañador de natación, ¿no? También necesito un gorro y unas gafas».

No podía aguantar las ganas. Decidió poner una excusa apropiada y salir de la oficina. Trabajar en una editorial era muy cómodo, ya que nadie sospechaba cuando decía que tenía una cita con alguien.

Al cabo de treinta minutos ya estaba en un centro comercial de Shinjuku. El verano se acercaba por lo que, a pesar de ser día laborable, la zona de bañadores estaba llena de chicas jóvenes. Los coloridos trajes de baño deslumbraban por todas partes.

Tras dar algunas vueltas perdido, Kazuo eligió uno de tipo *slip*, no *short*. Además, también compró una bolsa y una toalla para deporte. Inexplicablemente, comprar artículos deportivos le produjo una sensación de orgullo. Le daban ganas de sacar pecho y decirle a la dependienta: «Sí, esto es lo que hago yo en mi tiempo libre. ¡Je!».

Después de comprar, le resultó molesto tener que volver a la oficina. Miró el reloj y eran las tres de la tarde. Llamó a la oficina y le comunicó a la chica que trabajaba a tiempo parcial que iba a asistir a una conferencia y que volvería a casa directamente. Se montó en el tren y se dirigió a su domicilio. Pero como le resultaba incómodo explicarle todo a Naomi, decidió ir directamente al gimnasio público del barrio. Kazuo se sentía como un estudiante de primaria que acudía corriendo a la piscina en las vacaciones de verano.

Y, repentinamente, se acordó de su abdomen. El dolor sordo en la zona del riñón se había aliviado considerablemente. ¿Habría sido el efecto de la inyección? Kazuo reconsideró la opinión que tenía del excéntrico doctor Irabu.

Llegó al gimnasio público del barrio y compró una entrada para dos horas en la piscina. El vestuario estaba limpio y tenía tanto ducha como secador de pelo. A pesar de que pagaba sus nada baratos impuestos, Kazuo apenas hacía uso de las instalaciones públicas. Hizo un chasquido con la lengua, como disfrutando, y lamentó no haber ido por allí antes.

Cruzó el pasillo y entró en la piscina cubierta. El olor a desinfectante, que recordó nostálgico, le cosquilleó la nariz. En frente, la abundante agua yacía lozana. Como era día laboral, apenas había usuarios. «¡Qué buen sitio!», pensó y se sintió más aliviado. Hizo ejercicios de estiramiento con cuidado al borde de la piscina.

Introdujo las piernas en el agua. No estaba nada fría, era la temperatura ideal. Se sumergió hasta el pecho y notó una agradable sensación. Se sintió aún mejor cuando intentó bucear por la superficie.

Kazuo dio una patada a la pared de la piscina y comenzó a nadar en crol. Lo hizo lentamente, con la intención de calentar. Giraba ampliamente ambos brazos y daba brazadas animosamente en el agua como si estuviera tratándola con cariño. Movía las piernas a un ritmo lento. Recorrió veinticinco metros a nado y se emocionó al comprobar que no se le había olvidado.

Dio un giro y recorrió otros veinticinco metros. Quería disfrutar de la sensación de estar flotando, por lo que aminoró aún más el movimiento de brazos y piernas. Mientras nadaba dejó escapar una sonrisa natural. El agua le hacía sentirse bien. Al mirar hacia arriba durante el trayecto, vio que la iluminación del techo brillaba.

«Mierda. Con lo divertido que es esto, ¿cómo no le he descubierto antes?». Kazuo sentía una felicidad plena que no había tenido en años.

2

—Mmm. Así que natación...

Irabu cruzó sus cortas piernas de forma forzada y se echó hacia delante como si aplastara la molla de la barriga.

—¡Sí...! Hay una buena piscina que desconocía en el vecindario. Me he quedado muy a gusto nadando allí.

Kazuo, sentado bien recto en el taburete, le habló sobre la piscina del día anterior. Quería hablar de ello con alguien y no le quedaba más remedio que hacerlo con él. La noche antes le había contado a su mujer, en una conversación interminable, los efectos de la natación. Cuando la siguió hasta la bañera hablándole, su mujer le dio la espalda. Kazuo se sentía como un feto, por lo agradable que era mover el cuerpo en la piscina. Desde entonces no se le había enfriado el entusiasmo ni siquiera por la noche. Estaba claro que volvería a ir ese mismo día a la piscina cuando saliera de la oficina.

—Y dice que se le ha calmado el dolor en el abdomen...

—Exacto. Aunque todavía siento los órganos de todo el cuerpo agitados, como siempre. Pero hacía dos semanas que no me sentía tan bien como ahora.

—No se olvide del efecto de la inyección... —Irabu se meneó la nariz.

—¡Ah, claro, claro! —asintió desconcertado—. Se me alivió el dolor enseguida...

—Bueno, como la natación es un deporte aeróbico, viene muy bien para regular el estado físico. —Irabu se bebió el café